

Una Iglesia samaritana

Esto de la compasión, de la caridad, de la misericordia va entrando en el cajón del olvido. Para muchos, la compasión es signo de debilidad. La caridad, una humillación. Y la misericordia es vista con la lupa de la desconfianza, de la crítica o de un paternalismo que hunde a quien la recibe. Pocas veces nos habíamos enfrentado a un mundo tan excluyente, tan elitista, tan apático.

El dolor humano, hoy, atraviesa todos los poros de la sociedad. El mundo está enfermo, la Pachamama está enferma, estamos enfermos todos y todas: Los que nada tienen porque apenas sobreviven al peso de su sufrimiento. Y los que lo tienen todo, porque su egoísmo los carcome, los destruye. A la vera del camino nos encontramos con muchedumbres de gentes que apenas gritan o tienden sus manos.

Una de las parábolas más dicientes e hirientes del Evangelio es precisamente la del “Buen samaritano”. No hay que repetirlo mucho, pero “es bueno así decirlo”: La religión nos hace sordos, fríos, insolidarios. Cuando los ritos y la Ley nos hacen escurrizos ante el clamor del pobre, ya eso no es religión, es paganismo. Muchas veces, los ateos y los paganos nos demuestran que tienen corazón. El nuestro se ha disecado.

El libro sagrado de los Mayas, el Popol Vuh, dice: “Cuando tienes que escoger entre dos caminos, pregúntate cuál de ellos tiene corazón. Quien escoge el camino del corazón nunca se equivoca”. La palabra misericordia expresa la grandeza del corazón de Dios. Y ese corazón se convierte en “Buen Samaritano” en Jesús que se hace encontradizo en todas las encrucijadas de nuestras vidas para levantarnos, sanarnos.

Cochabamba 10.07.22.

jesús e. osorno g. m xy

jesus.osornog@gmail.com